

\* Leído el 27 de marzo de 2019, en la apertura del VIII Congreso Internacional de la Lengua Española, en Córdoba, Argentina.

Los americanos de lengua castellana no somos "como tantas veces se dice" herederos de España. Es que si bien es incontable lo que de España hemos recibido y seguiremos recibiendo en términos de valores fecundos y perdurables, sería inexacto caracterizar ese cúmulo de beneficios como si fuera una herencia. Puesto que España no ha muerto ni tampoco morirá, nunca seremos sus herederos. ¿Qué decir entonces de la relación con esta «madre nuestra» que no deja de rejuvenecer?

Una fértil coetaneidad caracteriza a las culturas que no nacen para desplazarse unas a otras y sucederse, como hacen padres e hijos, sino para crecer constante y simultáneamente, desde el momento mismo de su recepción fecundación.

Es decir que los americanos, sin duda muy posteriores a España como expresión de Estados independientes, no seremos nunca sucesores suyos sino sus contemporáneos en el orden decisivo del aliento espiritual y la pujanza creadora. Vinimos después para coexistir con ella en un ahora constante, en un hoy simultáneo al que también aportamos lo que fuimos y seguimos siendo, aun antes de que ella y nosotros nos encontráramos como naciones igualmente libres.

Ese patrimonio común al que me refiero revela lo que tiene de sustancioso mediante las diferencias que nos distinguen y no pese a ellas. Martin Heidegger dice bien cuando asegura que «las diferencias son la garantía del parentesco en lo mismo». Podemos reconocernos emparentados precisamente porque somos distintos. Si fuéramos iguales no sabríamos distinguimos y lo idéntico privaría en todos nosotros como sinónimo de indiferenciación. Por ello, lo común se manifiesta y enriquece con nuestras diferencias en la emoción del encuentro.

Es entonces sobre un valor compartido por españoles y americanos que deseo hacer recaer esta mañana el propósito de esta reflexión. Valor común, claro está, en un vasto repertorio de bienes de igual relieve pero especialmente interesante, me parece, en el marco de este encuentro consagrado a nuestra lengua, puesto que tiende un sólido puente de coincidencias entre quienes, para constituir y desplegar su propia subjetividad en una y otra orillas del océano Atlántico, se valen de la palabra creadora. Ese valor, a la vez universal entre todos los que escriben, es el de la fe literaria concebida como fundamento y estímulo de la aventura expresiva.

¿Qué podremos, pues, entender por fe literaria?

Tal como yo lo concibo, el escritor es, en un orden elemental, hombre de fe, o, en otros términos, considero posible y hasta necesario hablar de su vocación como de una auténtica fe literaria.

Al igual que otras manifestaciones de la fe "la religiosa, la artística o la científica", la fe literaria responde a un llamado ineludible para su destinatario. Se cree en la literatura como destino personal mucho antes de estar persuadido de su valor social y aun cuando nunca se lo está. La fe literaria encauza la imperiosa necesidad personal que se tiene de escribir porque sólo haciéndolo se entiende que la propia vida habitará con provecho los dilemas esenciales de su sentido. Con ello, claro, no se trata de alentar la ilusión de que se estará entonces al margen de todo extravío. Se trata, en cambio, de no perderse fuera sino dentro del ámbito que se nos impone como propio. De igual modo, esta necesidad insoslayable de ser fiel a la pasión que se siente no garantiza que la belleza y la expresividad, si es que cabe disociarlas, vayan a manifestarse en la palabra de quien la acata. Una vocación no es garantía de nada, salvo de su propia intensidad.

La disponibilidad interior hacia la literatura, concebida como modo de realización subjetiva, no encuentra sustentación en la promesa de un inequívoco logro venidero. Se nutre, eso sí, en la experiencia efectiva de un goce inconfundible que no por eso deja de ser desvelo y esfuerzo, hallazgo y búsqueda a la vez.

En el hombre, debido a su fe literaria, esa palabra no sólo se ha manifestado como instancia culminante del espíritu. Se ha revelado, asimismo, como la única a cuyo contacto se siente respirar a pulmón pleno, es decir, con libertad. Escribir es, pues, para él, dar cumplimiento a la celebración de un encuentro superlativo con la realidad como revelación y tarea. En tal encuentro, la palabra ha dejado atrás el pálido valor que le infunden la costumbre y la función destituida en que la ahoga la retórica sin sustancia.

Es nuestra complejidad "la de los seres que se saben arrojados a la emoción de ser, a la evidencia de la muerte que toma la palabra al escribir, la que aflora como nuestra más íntima posibilidad de existencia.

La fe literaria no salva de la angustia, no ampara de la duda, pero infunde, a esa angustia y a esa duda, un significado y una altura que las justifican y que, sorprendentemente, califican a la vida de quien las padece como vida libre, personal.

La fe literaria, escribe Octavio Paz, «es fe hecha de duda y entrega, de diaria pena y diaria alegría, de largos trabajos y breves iluminaciones».

Me parece oportuno, en el marco de un encuentro como el que hoy se inicia, y aun cuando parezca que los notables desafíos del universo tecnológico absorben mayormente la reflexión sobre nuestro idioma, me parece oportuno, digo, recordar que el hombre que desconoce esencialmente su idioma no es aquel a quien le faltan las palabras o aquel que las emplea con torpeza. Es, en cambio, el que hablando de su lengua y el lenguaje, ignora u olvida hasta qué punto consistimos en la ardiente necesidad de decir a propósito de nuestra presencia personal en el mundo y de la singularidad de nuestro destino. Y si es indiscutible que, en incontables ocasiones, el hombre dispone de la palabra, más básico y complejo es advertir que la palabra dispone del hombre cada vez que al hombre le es dado sumergirse en la emoción de esa momentánea presencia en el mundo y en la emoción del mundo como presencia.

Esencialmente, entonces, llegar a ser no quiere decir para el escritor, como hombre de fe, imponerse al consenso

colectivo, triunfar. Llegar a ser querrÃ¡ decir: estar, habitar, sostenerse en la aventura singular de escribir. No abandonar esa morada de inigualado sentido que es para Ã la casa del desvelo creador. AllÃ- tienen lugar la trascendencia y su celebraciÃ³n, el encuentro con el soplo comÃ³n y universal que alienta en la infinita pluralidad de todo lo singular y concreto.

Ã Ã Ã Ã Ã Hay para el hombre de fe literaria una dimensiÃ³n sobrenatural de las cosas. Es aquÃ©lla en que se rompe la prosaica familiaridad de nuestro trato con ellas. AquÃ©lla en que las cosas dejan de ser, primordialmente, objetos de posesiÃ³n, mera materia de uso o marco estable de nuestra indiferencia, para pasar a manifestarnos algo que no es lo que habitualmente nos dicen. Es entonces, y en virtud de tal manifestaciÃ³n, que al hombre de fe literaria lo acosa y lo apremia el deseo de escribir.

Ã Ã Ã Ã Ã Por obra del asombro, el semblante de lo real se inviste de un peso significativo excepcional y dominante. De tal modo aflora lo insospechado y sin embargo siempre latente, y pide tambiÃ©n Ã la palabra. Pero la palabra que lo insospechado pide no es la que presume que podrÃ¡ poner fin al enigma que le da sustento. No es la palabra que cataloga, encuadra o define. Es, en cambio, la palabra capaz de celebrar el sentido fecundo de la irrupciÃ³n de lo insospechado, la pujanza transformadora de su apariciÃ³n en el trato con las cosas.

Ã Ã Ã Ã Ã «El poeta estÃ¡ allÃ-, / para que el Ã¡rbol / no crezca torcidoÃ», propone Nicanor Parra. Y esa torcedura amenazadora no es otra que la que encubre y rebaja, en todo lo que nos circunda, el misterio del hecho capital y primario de la existencia, el milagro de la posibilidad de la presencia de cada cosa y de cada uno de nosotros.

Ã Ã Ã Ã Ã En la fe literaria, la palabra ha ganado altura excepcional como expresiÃ³n, ciertamente paradÃ³jica, de lo inefable. Esto â€œlo inefableâ€ crece como verdad para el hombre a expensas de lo trivial y establecido, en la medida en que el barniz de mansa familiaridad que a las cosas revestÃ-a queda al descubierto, precisamente, como barniz y no como idiosincrasia.

Ã Ã Ã Ã Ã La palabra ejercida como ese poder que logra atravesar la piel convencional de lo viviente para adentrarse en el enigma del fundamento comÃ³n a toda existencia, constituye la privilegiada emociÃ³n a la que se halla expuesto el creador literario al dar con sus temas; la emociÃ³n superlativa, en suma, que tan bien subraya Jacques PrÃ©vert: «Yo tuteo a todo lo que amo, / aun si no lo conozcoÃ».

Ã Ã Ã Ã Ã Bien se lo sabe: por inmensa que resulte, serÃ¡ siempre menor a la que busque y encuentre sustento en la palabra literaria. Pero de esa menor a, me parece, deberÃ-a formar parte la universidad. Sin embargo, la suerte cosechada por la literatura en la enseÃ±anza hoy considerada superior induce a creer que estamos cada vez mÃ¡s distantes de esa posibilidad. AllÃ-, la expresiÃ³n de la experiencia personal de vida, que desde la mira humanista constituye el nÃ³cleo argumental de lo estÃ©tico, parece haber sido apartada del escenario central de los intereses acadÃ©micos. Su sitio lo ocupa desde hace aÃ±os la estrategia de la composiciÃ³n literaria, la obra como objeto, y, aun dirÃ-a yo, como artefacto, en los tÃ©rminos de Ernesto Sabato. El texto, entendido como prodigioso transmisor de vida y fruto de un encuentro de excepcional intensidad con el mundo, se ha convertido en pretexto. Es en cambio lo instrumental, la trama de recursos objetivos empleados en la composiciÃ³n, lo que desde hace mucho tiempo ocupa el altar mayor de la devociÃ³n crÃ-tica.

Ã Ã Ã Ã Ã He aquÃ- lo estremecedor: que aquello que un hombre pueda decirnos acerca del hecho de haber rozado el nÃ³cleo de su propio dolor y sus emociones fundamentales en el trato con cuanto existe, haya dejado de ser preeminente para quienes dicen interesarse por el estudio de la literatura. Una nueva intrascendencia devora el sentido de la experiencia personal. Es la que, marchitando la sensibilidad filosÃ³fica, daÃ±a el mundo propuesto como ofrenda primordial del escritor al lector. El goce de la intimidad ha sido descalificado por el imperativo de la explicaciÃ³n, olvidando, en virtud del extremismo en que se incurre, lo que sabÃ-a Georges Braque: «que las pruebas fatigan la verdadÃ». Justamente allÃ-donde, en sentido eminente, se enseÃ±a a leer â€œen la universidadâ€”, la facultad de comprender y privilegiar el intercambio de experiencias personales ha languidecido como meta central del trato con los libros.

Ã Ã Ã Ã Ã Algo mÃ¡s hay que aÃ±adir. Horas de desorientaciÃ³n como las presentes conociÃ³ muchas la humanidad, y en ella la violencia ha ejercido, desde siempre, un hondo influjo. Su despliegue asegura un arrebato fÃ¡cilmente homologable a la convicciÃ³n. En nuestros dÃ-as, la violencia nutre su impulso en un suelo mÃ¡s poderoso que el miedo a la guerra. Me refiero al miedo a la paz. La paz, cuando prospera, obstruye el cauce de los conflictos mÃ¡s elementales y franquea el curso de los grandes dilemas subjetivos, infinitamente mÃ¡s complejos, sutiles, y por cierto, primordiales. El miedo a la paz cunde en estos dÃ-as. Sus efectos pueden advertirse en la rapidez con que vuelven a proliferar, en variadas latitudes, brutales evidencias del fervor maniqueo. Con empeÃ±o y sin pausa, se trabaja para que ese enemigo siempre imprescindible para el fanatismo reconquiste un perfil nuevamente inconfundible y para que sobre Ã pueda volcarse, cuanto antes, la necesidad de exorcizar los terrores mÃ¡s recÃ³nditos que nos habitan.

Ã Ã Ã Ã Ã Pero esta simplificaciÃ³n pavorosa alivia â€œy no sÃ³lo distanciaâ€ al hombre de otras responsabilidades. Extenua vertientes de la cordialidad, cualquier cercanÃ-a resulta agobiante. Es que si el criterio hegemÃ³nico, en el alba de este siglo, es el que celebra haber liberado al hombre de la necesidad de un vÃnculo cordial con su entorno y con su prÃ³jimo, la paz fatalmente resultarÃ¡ amenazante. Bien lo sabe el hombre de fe literaria y mucha habrÃ¡ de ser su fortaleza para sustentarse en sus ideales en una hora de tanto desprecio por lo literario, es decir, por el pensamiento cordial. Y digo sustentarse antes que sustentarlos porque no me parece que esos ideales sean de frÃ¡gil textura y no busquen, una y otra vez, el evasivo corazÃ³n del hombre. Es Ãste, mÃ¡s bien, quien no siempre parece dispuesto a soportar esa extraÃ±a y fascinante carga de la fe que lo libera y lo compromete. Pues bien: con su atormentada realidad cotidiana, el nuestro es un tiempo que convoca al escritor, que lo solicita desde su mÃ¡s Ãntima indigencia. Y lo requiere de tal modo porque, sabiÃ©ndose necesitado de reconciliaciÃ³n consigo mismo, sabe a la vez nuestro tiempo que el escritor, como hombre de fe, es ante todo un hombre enamorado.